

Ana María Matute sigue buscando un espejo

Benjamín Prado

Nada de lo que distingue a Ana María Matute es más importante que ella: mujer, académica, ganadora hoy del premio Cervantes 2010 y en diversos momentos de su largo pasado del de las Letras Españolas, el Nacional, el de la Crítica, el Planeta, el Fastenrath, el Nadal; miembro esencial, junto a Carmen Laforet, Cela o Miguel Delibes, de la literatura de posguerra, esa generación marcada por el levantamiento militar de 1936 que ella ha calificado alguna vez como la de «los niños asombrados» y cuya escritura tenía que partir, en sus propias palabras, del «trastoque de todos los valores tenidos hasta entonces como inmutables», sobreponerse a «un mundo que, tan bruscamente, sumió la vida en una sucesión de rencores, venganzas, apatía y gritos tan farisaicos como huecos, crueles y mezquinos» y avanzar por un camino lleno de curvas en el que era necesario sortear «ese artificio llamado censura cuyo peor y más grave prejuicio es el hábito de la autocensura que llega a crear en un autor.» Sabía muy bien de qué estaba hablando, porque una novela suya titulada *Luciérnagas* fue prohibida en 1953, según el informe que impidió que se publicara, y que ella misma hizo público veintidós años más tarde, bajo la acusación de ser una obra «tremendista, demoledora de la fe y la esperanza humanas, carente de espíritu religioso y humano», crítica con el Movimiento Nacional y, en resumen, «destructora de los valores morales esenciales.»

Ninguna de esas características y ninguno de esos reconocimientos son lo que más importa de Ana María Matute, ni si algunos de ellos llegaron demasiado pronto y otros han tardado más de la cuenta, sino su talento y su perseverancia, porque el primero le ha hecho escribir narraciones tan sobresalientes como *Los*

hijos muertos, *Los soldados lloran de noche* o *Primera memoria*, que el último premio Nobel de literatura, Mario Vargas Llosa, ha calificado de «libro bellísimo» cuyas primeras páginas contienen descripciones que son «una de las cosas más bellas que se han escrito en nuestra lengua»; y la segunda la ha mantenido en la brecha desde 1943, que es cuando escribió *Pequeño teatro* —es decir, a los diecisiete años, aunque no la diese a conocer hasta 1954 en que ganó con ella el premio Planeta—, hasta hoy en día, cuando a los ochenta y cinco anuncia que está trabajando en una nueva novela.

Una muestra, tal vez anecdótica pero también significativa, del modo en que su escritura ha mantenido la tensión y la exigencia a lo largo del tiempo, es que el arranque de sus libros haya seguido estando a la altura de esas primeras páginas de *Primera memoria* a las que se refiere Vargas Llosa. En eso, como en casi todo, Ana María Matute se parece mucho a sí misma, sin que importe el año en que la abordes o el libro suyo que abras. «Nací cuando mis padres ya no se querían», se lee al abrir su última novela hasta el momento, *Paraíso inhabitado*, aparecida en 2008. «El látigo de Dingo hablaba seco, como un relámpago negro», comienza *Fiesta al noroeste* (1953), la primera novela importante y característica de Matute, según ella misma sostiene, tras los tanteos de *Pequeño teatro* y *Los Abel* (1948). «En Hergoz, a últimos de enero de 1948, el guardabosques de los Corvo se mató sin querer, cuando la batalla contra los lobos», empieza *Los hijos muertos*, publicada en 1958, que es uno de sus trabajos más sobresalientes y con la que ganó el premio Nacional y el de la Crítica. *Algunos muchachos* (1968) nos da la bienvenida de esta manera: «El Galgo anunció que a las ocho o nueve de la noche se podrían ver nuevas estrellas.» Y en otra de sus creaciones esenciales, *Los soldados lloran de noche*, de 1964, la mecha del interés se prende con la misma eficacia: «A finales del año 1934, un día lluvioso, festivo en el calendario, llegó a la isla un hombre llamado Alejandro Zarco (amigos, conocidos e incluso enemigos le llamaban Jeza), con la misión de observar las actividades del Partido.» La autora de *Olvidado rey Gudú* siempre sabe dónde poner el imán.

Retener lo inaprensible, recordar lo que está en peligro de evaporarse y situar cada historia en equilibrio entre la realidad y lo fantástico, lo primero porque «escribir es también una forma de

protestar» y lo segundo porque «la vida sin magia sería sólo la biología» son tres constantes de la narrativa de Ana María Matute, que muestra a menudo un fondo de pesimismo en todo lo que cuenta, convencida de que «vivir es perder cosas» y decepcionada con la capacidad de los seres humanos para ser crueles y causar dolor: «Hacer llorar es el único pecado en el que creo», ha dicho en alguna ocasión.

En *Cuadernos Hispanoamericanos*, donde la autora de *Aranmanoth* (2000) publicó hace no mucho un hermoso texto en el que rememoraba algunos episodios de su relación con el poeta Ángel González, celebramos este galardón que viene a reconocer la larga y brillante trayectoria de esta escritora barcelonesa que siempre ha confiado en el poder de la literatura y en el de la imaginación, el primero porque está convencida de que «la palabra es el invento más bello del ser humano», y el segundo porque afirma «estar dispuesta a seguir siendo Alicia mientras tenga algún espejo que atravesar.» Toda una lección de juventud ©